

Precio 10 céntimos



ARTISTA DE ÓPERA



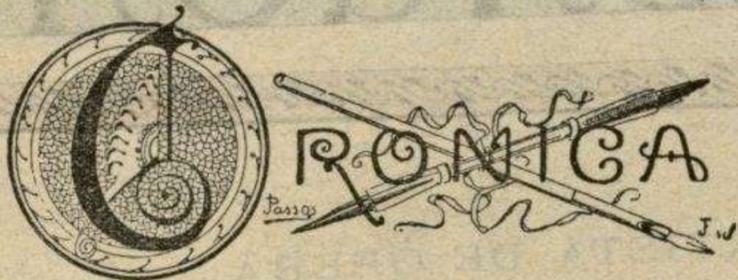
Pepita Huguet

LA SAETA

DIRECTOR LITERARIO
DANIEL ORTIZ

Toda la correspondencia á D. PEDRO MOTILBA,
Rambla del Centro, Kiosco núm. 5.—BARCELONA

DIRECTOR ARTISTICO
JOSÉ PASSOS



LLORAD, mortales! Esta noche, 23 de Diciembre, es la degollación de los inocentes. Miles de pavos perecen salpicando de su sangre pura las cocinas. Las maritornes, empuñando *il cotello*, son los verdugos en esta hecatombe.

Yo no sé cuáles son los sentimientos del general *Pavia*, pero hoy debe de extremecerse de horror.

¡Pobres pavos! ¡Estar engordando para servir á la gula de los seres privilegiados de la creación!

Es lo que me decía un espiritista que había sido pavo en la Edad Media:

—¡Si viera V. las emociones que uno experimenta cuando le sacan á la mesa! Lo primero que se hace es echar una mirada á los comensales, y después lo que uno se propone es causar una indigestión á más de cuatro. A mi en el siglo xv me sacaron á la mesa en un castillo feudal y propiné dolor de vientre á todos los convidados. Es verdad que yo, sabiendo lo que me iba á pasar, me estuve manteniendo con yerbas venenosas durante una temporada.

Pero no todos los pavos saben lo que les va á pasar. Los hay, esa es la mayoría, inocentes y puros como palominos salidos del cascarón.

Si todos los pavos supieran lo que les iba á suceder armarían una revolución político-social al grito de ¡viva Pavia!

Pero ¡ay! que lo ignoran, y por eso nos los comemos.

Pasa como en todas las clases sociales.

La ignorancia de los más hace que engorden los menos.

La reina Victoria (muy señora mía) se ha metido á ganadera, y en la última Exposición de Smithfield ha obtenido premios por dos bueyes, una vaca y una ternera que ha presentado.

No hablo de Su Graciosa Magestad de las Islas Británicas, pero ha habido ya muchas reinas que han cultivado la ganadería con ópimos frutos.

Isabel de Inglaterra, Catalina de Rusia, Maria Luisa y la madre de la Beltraneja fomentaron y propagaron el ganado vacuno en sus regios alcázares de un modo tal, que aquellos más que palacios reales parecían simples establos de ganadero.

Y no queremos apuntar más sobre este escabroso asunto, porque nosotros somos de aquellos que no nos mamamos el dedo.

Nos alegramos de que la reina de Inglaterra

haya sido premiada, y de que el público se aperceba de ello y lo aplauda.

Otras testas coronadas son más modestas, y los bueyes que crían no los sacan á la luz pública. Y yo creo que hacen bien.

En Bilbao han sido encerrados en la prevención unos 119 pordioseros.

Entre ellos los había con más dinero que muchos señoritos.

A uno se le hallaron 24 pesetas, á otro 220, y á un tercero se le reconoció que tenía en el Banco la miseria de 3.000 duros.

¡Cualquier día vamos ahora á dar limosna á los pobres!

Desde que he leído eso y veo que un mendigo me pide limosna, me entran ganas de decirle:

—¿Hace V. el favor de prestarme un par de duros?

Porque pobres *pobres* si los ciudadanos de levita se dedicasen también á pedir limosna.

Aquel día no se ve un guiñapo ni para un remedio.

Porque en la clase media hay más miseria que en el pueblo. Solo que á esa clase ¡pobrecita! le da vergüenza pedir.

Y prefiere ganarse la arrastrada vida dependiendo de un principal memo y grosero, ó de un Gobierno inseguro, á hacer la competencia á los pobres apocritos, de esos que tienen 3,000 duros en el Banco.

Pero así está establecido, y así lo hemos de dejar.

Una señorita metió en Málaga la mano en una sombrerera, ¿y qué dirán Vds. que sacó?

¿La peluca de papá?

No, señor; una enorme rata adherida á la mano.

El susto de la señorita fué mayúsculo, pero al demonio se le ocurre tener la badana del sombrero llena de grasa.

Porque suponemos nosotros que la rata estaría comiendo la grasa que había en el sombrero, y al verse interrumpida en su banquete por una mano extraña, se agarró á ella con todo el coraje de la desesperación.

La señorita se desmayó en brazos de un hermano suyo, y la rata, no teniendo sobre quién desmayarse, huyó por escotillón.

Ya lo sabeis, apreciables y bellas jóvenes; no metais la mano en ninguna sombrerera, porque es muy fácil que tropecéis con un ratón más ó menos bien educado.

Las agencias funerarias sirven para algo. ¡Vaya si sirven!

En Niza hay una que ha hecho un pan como unas hostias.

Fallecieron allí un general ruso y una señorita de Potsdam.

¿Qué hace la Agencia? Manda el cadáver del

general moscovita á Potsdam, y el de la señorita á Smolensk (Rusia).

En este último punto hicieron á la señorita todos los honores debidos á un bravo militar, y la guarnición tomó parte en ellos.

En Potsdam, la madre de la difunta quiso dar un beso por última vez á su hija, hizo abrir la caja, adelantó sus labios y se tropezó con un muerto militar con más barbas que un cosaco.

—¡Esta no es mi hija! gritó mesándose los cabellos.

Y es claro que no lo era.

La Agencia había trocado los féretros.

No sabemos si ésto dará lugar á reclamaciones, pero estamos seguros de que la Agencia se disculpará diciendo que al fin y al cabo todo es materia inerte, y que para los efectos del no ser lo mismo da un brillante militar que una mujer más ó menos joven.

Pero yo, por de pronto, breaba con un multazo á esa Agencia sonámbula y descuidada.

En los Estados Unidos se ha inventado un baston eléctrico que es muy útil contra los ladrones.

Le salen á V. á robar, toca V. con la punta del baston al ratero, éste se atonta, y V. escapa.

Dicen que es muy conveniente contra los aficionados á lo ageno, pero yo lo creo más provechoso todavía.

Contra los ingleses vendría que ni pintado. Le presentan á V. una cuenta, arrima V. la punta del baston... y como con la mano.

¡Pues y contra las suegras!

La de V. le riñe, le escandaliza, ¡hasta le levanta la mano! y V. no tiene más que arrimarle aquella varita de las virtudes para que se sosiege.

Aunque dudo yo que se contente uno solamente con tocar ligeramente con ese baston á las mamás políticas.

Yo creo que hay para romperles encima toda la electricidad.

Prueba de omnimoda confianza.

Están varios sentados en la mesa de un café y á uno se le cae una peseta.

—¡Alto!—grita éste al ver el movimiento de los demás—¡Qué nadie se baje á buscarla!

ELIDAN.

UNA GANGA!

(DECLARACIÓN AMOROSA)

Empiezo diciendo á usted,
señora del alma mía,
que ayer, cuando la miré,
me estremecí como el que
se zambulle en agua fría.
Y tanto la boca abrí
de pasmo, de admiración,
que, por la misma, sentí
que se escapaba de mí
hacia V. el corazón.
Y como para mí tengo
no conoce mi abolengo
ni tampoco quién yo soy,
á decírselo á V. voy
por si acaso le convengo.
Yo desciendo—y en mi juicio
no piense V. hallar dolo—

de un hombre que no era bolo;
en cambio llamóse Picio,
y era feo como él solo.

En todos sus descendientes
la fealdad fué creciendo...

y aquí me tiene V. siendo
de toditos mis parientes
el tipo más estupendo.

Mi facción más infeliz
es la nariz. Sin deslíz
bien puede valer por siete.

¡Ay, señora, qué nariz!

mejor dicho ¡qué florete!

Es larga como una lanza
y corva como una horquilla,
tapa toda mi barbilla,
se prolonga por la panza
y termina en la rodilla.

En la faz tengo algo bueno,
pues mis ojos son dos soles
con mucha luz en su seno,
y alumbran... como faroles
cuidados por un sereno.

Y faroles son, no es rana;
usted los verá sin gana,
pues verlos no da deleite...

El uno me mana aceite,
el otro no sé qué mana.

Tengo orejas de abanico
de extensión deslumbradora,
y de lejos, ó á deshora,
me toma por un borrico
cualquier persona, señora.

Tal han dado en criticarme
mi boca de Lucifer
que he llegado á incomodarme,
y penco quisiera ser
para poder *desbocarme*.

La frente tengo á pedazos
á causa de diez chichones,
de otros tantos coscorriones,
de otros tantos puñetazos,
por otras tantas cuestiones.
Basta de tales pinturas;
aquí diré sin rebozo,
sin modestia ni ataduras
que soy, señora, un buen mozo...
siempre que me encuentre á oscuras.

Y ahora voy á lo moral.
Dicen de mí sin rodeo
que, además de ser tan feo,
soy un memo, un animal,
y yo, señora, lo creo;
pues es mucho mi candor,
no tengo oficio ni rentas,
creo en amistad y amor,
y mi defecto mayor,
es saldar todas mis cuentas.

Esta es mi declaración.

Ya conoce usted al sugeto
que le adora con pasión.
Aguarda contestación

PEDRO CACHIRULO PRIETO.

FELICIDAD DOMÉSTICA



Soy el hombre más feliz del universo,
porque tengo una mujer modelo —me
decía D. Celedonio.

—¡Hombre, y cuánto me alegro!

Miscelánea



-Dice usted que su marido no se ofenderá.
-No, señor; ya está acostumbrado.



Así empiezan muchos desgraciados que padecen bajo el poder de las suegras.



En cuanti se vaya ese señorito, si no me compra una cajetilla le pego dos morrás, por hablar con lipendis.

Passos

—Es obediente, servicial, mimosa, trabajadora... ¡Y me trata!... ¡Valiente modo de tratarme que tiene!... ¡Ea, que no me la merezco!

—¡Hombre feliz!

—Hoy mismo quiero que conozca V. el carácter de mi mujer y sus virtudes domésticas, por que va V. á almorzar conmigo.

—No sé si debo...

—Venga V.: almuerzo de confianza... Ya verá V. qué bien cocina mi esposa.

Y tomándome del brazo me llevó á su casa.

Allí me presentó á su señora, que no era mala, pero que tenía una mirada dura y dominante.

—Tengo el gusto de presentarte á este caballero, que es uno de mis mejores amigos —dijo Celedonio.

—Bien venido —contestó ella con sequedad.

—¿Y el almuerzo? ¿está el almuerzo, Sinfrosita?

—Ahora lo voy á hacer —dijo ella marchándose.

—¡Cómo! —pensé —¿todavía ha de hacer el almuerzo?

Y Celedonio me llevó á su despacho para pasar el rato hablando.

—Ya ves —me dijo— con qué amabilidad nos va á hacer el *gaudeamus*.

Una hora y media despues vino la criada á decirnos que pasásemos al comedor.

Nos sentamos delante de una tortilla á la francesa, quemada y dura como suela de zapato.

—Hija, te se ha quemado —dijo alegremente Celedonio.

—Hijo, fastidiarse —contestó Sinfrosita con el mayor aplomo.

Yo me quedé frio.

—Ya podías contestar mejor.

—Yo contesto como quiero, y si no estás contento toma la puerta.

—Considera que tenemos un convidado.

—¡Hum! —murmuró ella.

Seguimos comiendo, y como no pudiese yo concluir aquella condenada tortilla, la dejé en el plato.

—¿Todavía va V. á decir también que la tortilla es mala? —me dijo aquella señora echándome una mirada de fiera.

—Es excelente —repliqué yo— pero el médico me ha prohibido las tortillas por indigestas.

—¡Valiente médico será él!

—Pero, mujer... dijo el marido.

—¿Te quieres callar, mandria? A ver, muchacha —gritó— llévate esa tortilla que estos señoritos están desgastados. Tráete el pollo en salsa.

La doméstica trajo lo que se le pedía.

—En esta pata han dado un mordisco —dijo el dueño.

—He sido yo, para probarlo; también he mojado pan.

—¿Y los dedos probablemente?

—Justo.

—¡Pero que has de ser tan sucia!

—Repite lo que acabas de decir.

—¡Pero que has de ser tan sucia!

—¡Toma! —dijo ella lanzando un manojito de rábanos á la cara de Celedonio.

Este se levantó furioso, pero yo le pude aplacar.

Escuso decir que el pollo fué sacado de la mesa sin que le tocásemos.

Trajeron merluza frita.

—Esta merluza está pasada.

—Más pasados estais tú y este caballero.

—Señora, haga V. el favor de dejarme en paz, la dije.

—V. es el que debía dejarme en paz y no venir á almorzar de gorra á mi casa.

Al oír esto, me levanté para irme.

—No haga V. caso, que está chiflada.

—El chiflado seras tú, sinvergüenza.

—¿Sinfrosita?

—¿Qué?

—¡Qué te calles!

—¡Yo callarme! ¿y por quién? ¿por ese tipo amigo tuyo?

—¿A que te doy una bofetada?

—¡Pruébalo!

—¡Toma!

Y Celedonio dió un magnífico sopapo á su esposa.

—¡Cobarde! ¡canalla! ¡miserable! vociferó aquella fúria, y comenzó á arrojar los platitos con anchoas y aceitunas, la fuente de ensalada, vasos de vino, platos sucios, enbiertos, todo cuanto encontró á mano, á la cara de su marido.

Como yo estaba cerca de Celedonio, me tocó parte de los proyectiles, y me hallé lleno de aceite y vino por todos lados.

El pobre esposo y yo buscábamos la salida, y ella entonces, tomando una escoba, nos arrojó á escobazos hasta la escalera.

Un vecino caritativo y acostumbrado á estas escenas nos recogió para que nos limpiásemos.

—¿Qué le parece á V.?—me preguntó Celedonio.

—¡Un infierno!

—Pues bien, todos los dias me pasa lo mismo.

DANIEL ORTIZ.



En el **Principal** se ha estrenado *Trafalgar*, letra de D. Javier Burgos y música del maestro Gimenez—no de Chueca como dice *El Suplemento*.—El primer acto es de búten; el segundo decae, pero es aparatoso. Esta zarzuela quedará de repertorio.

En el **Liceo** ha sido asesinado *Ernani*. No hagan Vds. caso á quien diga lo contrario. La temporada es pésima, pero los abonados, se han vuelto mansos. Se prepara *Cavalleria rusticana* (*Hidalguia campesina*). Algunos lo traducen por *Cavalleria rústica*, y creen que Bernis va á sacar á las tablas todos los caballos blancos.

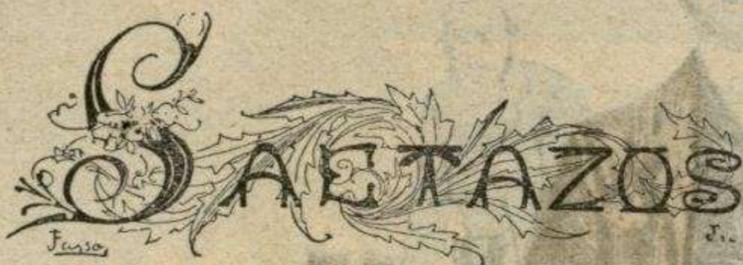
Eldorado nos ha dado *La leyenda del monje*, otra de tantas *cositas* que se aplauden en Madrid. La música es de Chapí, y por ende, sobresaliente. Sin la salsa de este maestro, Chueca y algún otro ¿cómo había el público de tragar ciertos fiambres?

En el fin del mundo, como quien dice, en el teatro de **Calvo-Vico** nos han dado *Los Irresponsables*, esperpento del Sr. Dicenta. Le pasa

á este señor con Echegaray lo que á los imitadores de Becquer, que no llegan por falta de respiración.

En el teatro del **Circo** se dan ahora comedias de magia. Entre otras han representado *Urganda la desconocida*, que no la conoce la mamá que la dió á luz.

En los demás teatros, cero.—N.



Una bailarina el día de su santo á un sietemesino.

—Ernesto, eso no está bien. No me ha regalado V. nada.

—¿Quiere V. un fuerte constipado que tengo?

—Aquí donde V. me ve he casado á mi hija con un ministro.

—¡Hola!

—Si, un ministro de justicia, vulgo, alguacil.

En un baile de Palacio.

Un caballero á una señora muy fea.

—Usted me dispense, señora, ¿me podría V. indicar cuál es la esposa del ministro de Ultramar?... Una gorda, fea como un pecado ¡y con un tajamar!

—Soy yo, caballero.

Tableau.

Cantar

Que eres como la camisa de limpia... ¡Menos será! Por eso las lavanderas riñeron con tu mamá.

RAMÓN OJEDA LOPEZ.

Un gomoso y una horizontal están á la orilla del mar en el Sardinero.

Ella.—¡Qué magnífica puesta de sol!

El.—No me hables de puestas, chica. Ayer perdí tres al tresillo.

Los mismos del suelto anterior, también á la orilla del mar:

El.—¡Qué hermoso es el mar!

Ella.—Magnífico, chico. ¿Tienes ahí 5 duros?

El. con candor.—¿En el mar?

Epigrama

Un médico afortunado á todo el mundo asegura, que los males que ha curado no terminaron en *cura*.

JOSÉ M.^a SOLIS.

En la Exposición París.

—¡Qué factura la de este paisaje!

—Para facturas... mi sastre.

Entre un sietemesino y su amiga.

—Dices que me comerías, nena. ¿Te figuras que soy un cóngrío?

—Pues por eso.

No pises las pobres hojas que encuentras en el camino, que muy apesadumbradas están de haberse caído.

El que cae en el engaño desde la cima de amor, nunca cae de cabeza: se cae de corazón.

Este mundo, vida mía, es una cárcel inmensa. Yo llevo veintiseis años cumplidos de mi condena.

¡Con qué emoción acogen amor mio, al hallarse tus ojos con mis ojos ese beso mental que les envió!

A. M. PARÉS.

En un juicio oral.

—¿Fué V. testigo ocular?

—Tan ocular que me saltaron un ojo.

En el llano de la Boquería.

Un vendedor de bastones.—¡Caballero! un buen róten... una peseta.

—Pásate por mi casa... lo ensayaré en mi mujer.

Cantares

Á tu boca seductora dedicar quiero un cantar, á tu boca tan bonita... lindo estuche de un puñal.

No hay pena como la pena que sufro y ha de matarme, de tener que ir yo conmigo siempre y á todas las partes.

R. SOLANES.



R. S.—Vá algún cantar. A V. vale la pena de animarle.

R. O. L.—Esta vez se ha podido aprovechar poco. Adelante.

F. de M. T.—Va... ó irá.

M. I. S.—Inserto uno arreglado. Lo demás flojillo.

M. P. Madrid.—Malito.

J. M. Madrid.—Pesimito.

R. B.—Vuelve V. á enviarme los epigramas, pero mi escama sigue.

F. de P. T.—¿Conque no vió V. la tostada?

J. R. D.—Me participa V. que me la dieron con los *Granos de arena* del n.º 3. No es extraño, por que no leo versos hace años. Pero por si acaso me la quisiera V. dar con su composición *La Crítica*, no se la publico.

Lo demás que queda por contestar no sirve.



El sombrerero, aparte.—Sí, date tono, melón; ese sombrero ya ha servido á diecisiete personas.

ANUNCIOS

LA SAETA SEMANARIO FESTIVO ILUSTRADO
Colaboran en él los más celebrados literatos y los más renombrados dibujantes

Número corriente: **10 céntimos.** | Número atrasado: **20 céntimos**

Toda la correspondencia á D. Pedro Motilba, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—Barcelona

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.

Cada tomo **15 céntimos** en toda España.

Esta publicación está terminada y se vende por tomos sueltos ó por colecciones completas.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con elegantes grabados.

Precio de cada tomo: **15 céntimos.**

Esta colección también está terminada y no se publicarán más tomos.

Se sirven tomos sueltos y por colecciones.

CUIDADITO CON ESTO

Novelas, cuentos, artículos y poesías de varios autores, ilustrados con magníficos fotograbados y cubiertas al cromo.

Van publicados 7 tomitos á **15 céntimos**, y hay más en prensa.

TRES MILLONES DE CHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo.

Van publicados 38 tomitos á **15 céntimos** uno y en prensa la continuación.

Para los pedidos de todas estas obras, dirigirse á D. Pedro Motilba, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—Barcelona.